

bres que le rodeaban. Así llegaron á la conserjería, donde Cosme pasó la noche para ser conducido al otro día por la mañana, al torreón de Vincennes, donde estaban sus cómplices.

Este rigor, dió al astrólogo vivas inquietudes; pero cuando estaba en lo mas fuerte de sus temores, una voz sopló estas palabras á sus oídos.

—Teneos firme, maestro, no para negar, sino para decir todo lo que tienen á su cargo Lamole y Coconas. No les deis cuartel y no os inquieteis de lo demás: si se os amenaza en el interrogatorio, responded que lo sufris gustoso por el amor del rey, y seréis recompensado, porque el dicho interrogatorio será todo estratagemas y seguido de vuestra libertad.

Inútil es decir aquí que Ruggieri tenia una inteligencia muy desarrollada: comprendió, pues, que aquel aviso le venia de la reina madre y precisamente á causa de eso se conformó enteramente, de manera que Lamole y Coconas se iban á encontrar bajo el peso de muy graves cargos.

Ruggieri sin embargo no se hallaba muy tranquilo, y sus inquietudes fueron excesivamente vivas, cuando le anunciaron irle á someter al interrogatorio primero que á los otros.

—Ah! —dice,—es posible que mi señora la reina nos abandone así?

—No estais abandonado, señor,—le sopló de nuevo una voz al oído,—y ningún mal os asaltará con tal que digais la verdad.

No se necesitó mas para inspirar confianza al astrólogo, y todo salió para él tan bien cual podía desearlo, pues solo se le sometió al interrogatorio por una mera fórmula y salió sin haber perdido un cabello, sin haber sufrido la menor presión.

Pero el miserable habia declarado horriblemente contra Lamole y Coconas, salvando los nombres de Margarita reina de Navarra, y de Henriqueta de Cléves, segun consejo que probablemente le habia hecho dar Catarina de Médicis.

Nos vemos en la necesidad de repetir aquí lo que ántes hemos escrito aunque con alguna variación porque el tiempo es un gran maestro cuyas lecciones son diarias y casi de cada hora; así es, que gracias á esto, podemos hoy ratificar algunos errores importantes.

Estando encerrados separadamente en el torreón Coconas y Lamole, les hicieron comparecer, separados, ante los jueces que habia agradao á Catarina darles: ambos mostraron una firmeza admirable.

—El duque de Alençon,—dijo Lamole, me mandó que nada dijese de lo que pensaba hacer; de ello le respondo con la vida; pero al hacerme tal mandato, le dije: Sí, monseñor, así lo haré, con la condición que nada haréis contra el rey.

Entonces pusieron á su vista las figuras de cera que se le habian encontrado, diciéndole que aquello era una prueba sin réplica, de que habia querido hechizar al rey y á la reina madre.

—No, respondió él; esas figuras han sido hechas á mi pedido, por un famoso

físico; pero á ello no me impulsó otro objeto que el de hacerme amar de una dama de quien estoy apasionado y desviar de ella un rival temible. Eso es un negocio de amor que no perjudica á nadie.

Entonces le leyeron intactas las declaraciones de Ruggieri.

—Oh! el doble traidor,—esclamó:—sin duda alguno de mis enemigos le ha pagado para que mienta tan vilmente, porque por desgracia tengo enemigos poderosos que ya por varias veces han querido matarme, y esto lo sabe bien el mismo rey.

Tampoco Coconas confesó nada de lo que habia pasado en la torre de Nesle. Así como su amigo dijo que Ruggieri era un traidor y un embustero, que solo se le habia hecho ir á la torre para recrear á las damas con sus horóscopos y predicciones.

Usó de la discreción, así como Lamole, al punto de no nombrar ni una sola vez á Margarita, ni mucho ménos á la duquesa de Nevers.

Creyeron poderles obligar á decir algo por medio de la tortura, así es que ambos fueron conducidos á la sala donde se aplicaba, y allí fué donde se vieron los dos amigos por la primera vez despues de su prisión.

No podian creer los desgraciados que realmente se les quisiese atormentar: les parecia imposible que aquellas mugeres ricas y poderosas por quienes eran amados no consiguiesen salvarlos.

Algunas tentativas habian hecho ya ellas con tal objeto, pues Henriqueta de Cléves habia visto hasta al rey, á pesar de la especie de cordon sanitario conque Catarina de Médicis lo habia rodeado, y conjurado á este príncipe que diese libertad á los prisioneros; los que, le decia, habian tal vez entrado en algun proyecto para hacer escapar al duque de Alençon; pero que no habian sufrido el que se atentase contra la vida ó la seguridad del rey.

Pero ya la reina madre habia enseñado á su hijo las figuras de cera encontradas á Lamole y le habia hecho leer las declaraciones de Ruggieri.

—Señora duquesa,—respondió Carlos,—sabemos que en eso que decís, hay mezclados negocios de corazón muy condenables y es una razón de mas para que perseveremos en nuestra voluntad de hacer pronta y buena justicia, pues en ello, hacemos un bien á los intereses de nuestro cuñado el rey de Navarra, y á los del duque de Nevers vuestro esposo, así como tambien á los nuestros.

—Señor,—replicó Henriqueta,—no sé si el duque de Nevers ha pedido algun favor á V. M.; pero en este momento le haceis grande injuria, así como á mí: y todo sin motivo, porque no he venido á pedir la vida y la libertad de esos dos gentil-hombres mas que á causa de la adhesión que los distingue hácia V. M. ¿No tendréis al ménos alguna piedad de aquel que por poco matais el día de la Saint-Barthélemy y que no tuvo mas recompensa por sus servicios en aquel día, que un balazo de arcabuz tirado por vuestras reales manos?

—Oh señora! fué un accidente, y con bastante dulzura le habeis consolado.

Madama de Nevers estaba furiosa; quiso sin embargo insistir; pero Carlos le dijo que estaba demasiado enfermo para oírle más, y le volteó la espalda.

La reina de Navarra por su lado hacia una tentativa del mismo género cerca de Catarina de Médicis su madre; pero esta no se mostró más dispuesta á la clemencia que su hijo.

—Os atreveis,—respondia Catarina,—á pedir clemencia para esos dos culpables, después de lo que ha pasado y habeis visto?

Margarita probó el protestar que eran inocentes. Dijo que bien podia ser que Lamole estuviere animado contra el rey, quien sin motivo le habia querido hacer matar; pero que por el amor de ella, habia renunciado hacia mucho tiempo á su venganza.

Catarina fué inflexible y dejó á su hija en la desesperacion.

Luego que los dos gentil-hombres se vieron en medio de los instrumentos de tortura, apenas pudieron creer que sus ojos veían lo que veían.

Lamole fué el primero que recibió el tormento.

—No hay duda, exclamó mientras le amarraban en una silla de fierro,—sin la noticia de mi señora la reina madre que se nos dá tal tratamiento, y os tendréis que arrepentir por haber contravenido su voluntad.

A las primeras preguntas que le hicieron después de haberle enterrado dos puntas entre las calcetas de fierro que le habian puesto en las piernas, repitió lo que habia dicho ante sus jueces. Al enterrarle la tercera punta las carnes de sus piernas comenzaron á abrirse, después el crugido de sus huesos se hizo oír y como á ese tiempo le presentaron las figuras del rey y de la reina madre que le habian encontrado y la primera tenia el corazón atravesado con un alfiler exclamó:

—Si hubiésemos querido matar al uno ó al otro, no les habiamos dado en el corazón, pues sabemos lo invulnerable que lo tienen.

Fué imposible obtener de él la más mínima confesion. Como le quitaron entonces las ligaduras que le retenían en la silla fatal:

—Y qué!—dijo,—no me haréis el favor de acabarme de matar?

Mas como le respondieron que la sentencia que le condenaba á la pena de muerte debia ser ejecutada conforme á su fórmula y tenor, exclamó:

—Mugeres sin corazón, malditas seas!

Al decir esto hacia alusion sin duda á la reina de Navarra, su querida, y á la duquesa de Nevers, no sabiendo que ambas habian tratado de salvarlos. Es cierto que se desanimaron bien pronto, y que no apelaron á ningun medio de evasion, aunque hubo algunos que hubieran dado buen resultado.

—Pobre Lamole,—dijo Coconas, que no habia cesado de prodigar consuelos á su amigo,—esperabas, pues, algo de ese lado?

—Es preciso no creer en nada?—contestó Lamole.

—Lo creo por Dios! y es lo más sabio.

Después, dirigiéndose á los verdugos, les dijo:

—En cuanto á mí, espero que se evitarán tormentos inútiles, estando como estoy resuelto á decir desde ahora toda la verdad. Así, pues, declaro altamente, que el rey Carlos IX, habiéndome dado por recompensa á mis buenos servicios un balaço, con el que por poco me mata, y habiéndome hecho la injuria de no quererme oír, con mucho gusto le hubiera atravesado el cuerpo con mi espada al mencionado rey Carlos: si no lo he hecho es porque no se me ha presentado la ocasion y para ello no tenia necesidad ni de un segundo, ni de apelar á hechizos y maleficios. Ya veis, pues, que esto es bien claro, y una vez que se me quiere hacer decir que he intentado matar al rey, digo y repito, que en efecto, lo he querido y de ello á nadie he dado parte. Con la tortura no podréis ciertamente hacer decir nada más claro y preciso; así, pues, os abstendréis de dármele, y me llevaréis lo más pronto posible á que me maten, en recompensa del trabajo que os evito.

A pesar de esta franqueza, Coconas fué puesto en la silla de fierro; pero fué tratado ménos cruelmente que su amigo, y aunque al salir de manos de los verdugos no podia tenerse en pié, al ménos no sufrió fractura ninguna.

De la sala del interrogatorio, los dos condenados fueron transportados á la capilla, donde les esperaban dos confesores que debian acompañarlos hasta la plaza de Greve, lugar de la ejecucion. Tan luego como se confesaron, les hicieron montar en un carro que al momento tomó el camino de Paris.

El duque de Alençon, así como la primera vez, todo lo habia confesado á su madre, sin haberle pedido ni antes de la confesion ni después, la menor gracia, para aquellos que habian trabajado en su nombre y por él. “El rey de Navarra, que conocia su carácter, dice Anquetil, no se engañó: al verle encerrado con Catarina, dijo al duque de Bouillon:—“Nuestro hombre lo está diciendo todo.”

En cuanto á Henrique se defendió, viendo como una deshonra las confesiones humillantes que querian hiciese. En vez de responder á las preguntas que se le hicieron, les echó en cara con fiereza los malos procederes que tenían hacia él, quejándose sobre todo de la especie de cautividad en la cual le tenían, añadiendo que, aún cuando él hubiese buscado el medio para evadirla, no habia motivo para que por ello nadie se quejase, y que estaba dispuesto á dejar la corte tan luego como hubiese una oportunidad.

“Esta firmeza le hizo honor, añade Anquetil; pero no salvó á aquellos que se queria sacrificar.”

El carro que llevaba á los dos condenados llegó á Paris hacia el medio dia, en medio de una multitud inmensa, ávida de emociones y poco dispuesta á apiadarse de las gentes de la corte, fuese cual fuese la causa que los ponía en manos del verdugo.

Fué preciso subir á Lamole al patíbulo, pues sus piernas estaban hechas pedazos y no podia moverlas. El, que se habia mostrado tan resuelto en medio de

los mas horribles tormentos, parecia haber perdido toda la fuerza de alma en aquel momento supremo: su cabeza estaba caida sobre el pecho, su mirada se hallaba apagada y un temblor convulsivo agitaba sus miembros.

Ya entre la multitud se le acusaba de cobardía, cuando por un esfuerzo sobrehumano, levanta con orgullo la cabeza, pasea à su redor una mirada segura y con voz llena y firme dice:

—Margarita de Francia! yo os perdono!...Honor à las damas!

Despues, besó el crucifijo que le presentó su confesor, y apoyando la cabeza sobre el banco gritó:

—Hiere!

Su cabeza cayó luego y rodó sobre el cadalso. Al mismo tiempo se dejó oír un grito de muger, grito de desesperacion y horror, del cual hablaremos luego.

Coconas vió todo esto sin conmoverse: se dirigió entonces hácia la balaustrada que rodeaba el cadalso y dirigiéndose à algunos cortesanos que reconoció entre la multitud, les dijo:

—Vosotros veis que los pequeños estamos pagando, y que los grandes autores de la falta quedan riendo: pues bien! vive Dios que prefiero aun estar en mi pellejo que en el de ellos.

Despues, dirigiéndose al verdugo, añadió:

—Oye, amigo, no me trates como M. de Tavannes trató à esos perros heréticos que compró à sus gentes el dia de la Saint-Barthélemy para matarlas à su antojo poco à poco. Soy buen católico, no para vender y comprar, y doy mi alma à Dios mi señor.

Dicho esto, se arrodilló, y segun su deseo, fué decapitado de un solo golpe.

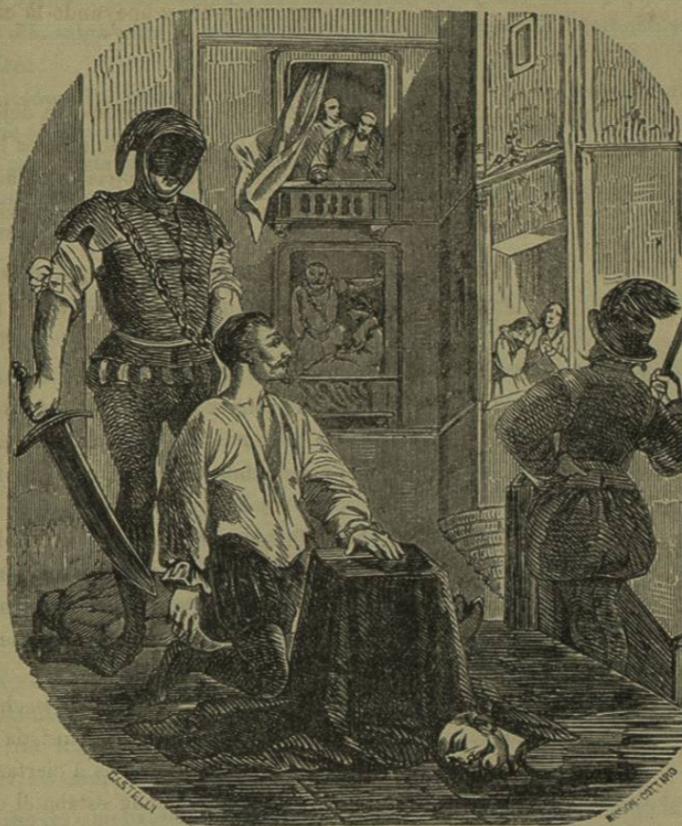
Un grito de muger parecido al primero, se hizo oír aún: el uno habia sido arancado à la reina de Navarra por la vista del suplicio de su amante, el otro, acababa de ser dado por la duquesa de Nevers: ambas habian asistido à aquel horroso espectáculo.

En la mañana de aquel dia, ambas habian estado en Vincennes y hecho una nueva tentativa en favor de sus amantes. Mientras que Margarita insistia en su demanda para con la reina madre, Henriqueta de Clèves, gracias à ciertas inteligencias habilmente manejadas, habia penetrado hasta donde estaba el duque de Alençon, quien despues de las nuevas confesiones que habia hecho, estaba guardado ménos estrictamente.

—Señor duque,—decia ella,—no dejaréis con seguridad que se entreguen al verdugo, dos gentil-hombres que con tanto valor os han servido. Pensad que de esto la historia os acusará.

—Pero, señora!—respondió el cobarde príncipe; ni puedo impedir à los historiadores el escribir, ni al verdugo matar.

—Lo podeis y lo debeis hacer en esta vez, señor. Decid à la señora reina vuestra madre que ellos no son culpables, juradle no volver jamas à emprender nada contra su autoridad con la condicion que les deje la vida.



—Señora duquesa, no podemos hacer ese juramento.

—Cuando con él salvais vuestros amigos?....

—Señora, la guerra y la conspiracion son cosas parecidas, y el que en ellas se mezcla, corre peligro de perder la vida.

—Así, pues, les abandonais? Sois vos quien quiere que se les mate?

—No hago nada de eso; pero tampoco puedo impedir nada.

—Lo podeis, señor!

—Oh, señor duque!—replicó ella sonriendo amargamente,—no tememos el que por ello salga vuestra espada de su vaina, donde teneis buen cuidado de tenerla bien.

El sarcasmo fué picante; pero aquel pobre príncipe tenia la epidèrmis tan espesa, que apenas lo sintió y nada respondió. Algunos instantes despues él terminó la entrevista con estas palabras:

—Despues de todo la falta es de ellos y no nuestra: no era preciso que se desajasen prender.

—Margarita no habia estado mas feliz con su madre: luego que las dos princesas se reunieron, supieron que los condenados acababan de ser sometidos al interrogatorio é iban á ser llevados á Paris para ser ejecutados.

Ambas tomaron entónces la delantera del cortejo fúnebre, no para intentar de nuevo salvar á los dos pacientes, pues ya era preciso ni aun pensar en ello, sino para satisfacer un capricho singular que al mismo tiempo les vino á ambas: habian poseido aquellos dos hombres cuando vivos, querian verlos morir, y poseerlos muertos á fin de que aquellos desgraciados que durante su vida fueran sus cómplices de desórdenes, fuesen testigos despues de su muerte.

La duquesa de Nevers fué la primera en proponer este proyecto.

—He pensado,—le respondió Margarita,—cuál de las dos seria mas timorata; pero no me atreveré á asomarme á las ventanas del Hotel de Ville.

—Ni yo tampoco quiero aparecer en ellas,—respondió la duquesa; pero conozco otro lugar donde estarémos perfectamente, y es, en la casa de un honrado platero que trabaja para nuestra casa y á quien algunas veces hemos visitado para ver las cosas curiosas que fabrica.

La casa de que hablaba Madama de Nevers, se hallaba situada en la plaza de Greve: hoy, (Mayo de 1852) solo queda de ella una torrecilla, dentro de algunos dias no quedará nada. Ocultas, pues, en aquella torrecilla, asistieron desde allí ambas amigas á la ejecucion, y de dicho parage fué de donde salieron los gritos de que hemos hablado.

Ya hemos contado cómo la reina de Navarra y la duquesa habian comprado al verdugo en la tarde de aquel dia, las cabezas de Coconas y Lamole; (1) réstanos decir lo que hicieron de aquellas singulares reliquias.

(1) Historia del torreon de Vincennes.—Paris, Boisgard editor.

—Señora duquesa, no podemos hacer ese juramento.

—Cuando con él salvais vuestros amigos?....

—Señora, la guerra y la conspiracion son cosas parecidas, y el que en ellas se mezcla, corre peligro de perder la vida.

—Así, pues, les abandonais? Sois vos quien quiere que se les mate?

—No hago nada de eso; pero tampoco puedo impedir nada.

—Lo podeis, señor!

—Oh, señor duque!—replicó ella sonriendo amargamente,—no tememos el que por ello salga vuestra espada de su vaina, donde teneis buen cuidado de tenerla bien.

El sarcasmo fué picante; pero aquel pobre príncipe tenia la epidèrmis tan espesa, que apenas lo sintió y nada respondió. Algunos instantes despues él terminó la entrevista con estas palabras:

—Despues de todo la falta es de ellos y no nuestra: no era preciso que se desajasen prender.

—Margarita no habia estado mas feliz con su madre: luego que las dos princesas se reunieron, supieron que los condenados acababan de ser sometidos al interrogatorio é iban á ser llevados á Paris para ser ejecutados.

Ambas tomaron entónces la delantera del cortejo fúnebre, no para intentar de nuevo salvar á los dos pacientes, pues ya era preciso ni aun pensar en ello, sino para satisfacer un capricho singular que al mismo tiempo les vino á ambas: habian poseido aquellos dos hombres cuando vivos, querian verlos morir, y poseerlos muertos á fin de que aquellos desgraciados que durante su vida fueran sus cómplices de desórdenes, fuesen testigos despues de su muerte.

La duquesa de Nevers fué la primera en proponer este proyecto.

—He pensado,—le respondió Margarita,—cuál de las dos seria mas timorata; pero no me atreveré á asomarme á las ventanas del Hotel de Ville.

—Ni yo tampoco quiero aparecer en ellas,—respondió la duquesa; pero conozco otro lugar donde estarémos perfectamente, y es, en la casa de un honrado platero que trabaja para nuestra casa y á quien algunas veces hemos visitado para ver las cosas curiosas que fabrica.

La casa de que hablaba Madama de Nevers, se hallaba situada en la plaza de Greve: hoy, (Mayo de 1852) solo queda de ella una torrecilla, dentro de algunos dias no quedará nada. Ocultas, pues, en aquella torrecilla, asistieron desde allí ambas amigas á la ejecucion, y de dicho parage fué de donde salieron los gritos de que hemos hablado.

Ya hemos contado cómo la reina de Navarra y la duquesa habian comprado al verdugo en la tarde de aquel dia, las cabezas de Coconas y Lamole; (1) réstanos decir lo que hicieron de aquellas singulares reliquias.

(1) Historia del torreon de Vincennes.—Paris, Boisgard editor.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
A. N. L.

Al salir de la casa del verdugo, adonde ambas fueron acompañadas solo de personas seguras, se hicieron conducir á la casa de Cosme Ruggieri, á quien no habian vuelto á ver desde el último conciliábulo tenido en la torre de Nesle.

Como hemos ya dicho, el astrólogo solo fué llamado al interrogatorio por cubrir el expediente, y despues habia recobrado su libertad, sin haber sufrido el menor mal; pero le importaba hacer creer que habia sufrido mucho á fin de no perder su clientela, que le habria abandonado si hubiese sospechado que habia hecho traicion. Así, pues, con un aire moribundo, y aparentando que apénas podia so tenerse, se presentó á las dos princesas.

—Maestro Cosme,—le dijo la reina de Navarra,—no os debéis quejar de haber tenido mal suceso en vuestras últimas operaciones, porque vos sois la causa principal de lo que ha sucedido.

Ruggieri creyó que Margarita habia descubierto la verdad y comenzó á temblar realmente; pero se reanimó luego que ella añadió:

—Sí, mae-tro, debemos decíroslo, habeis sido imprudente, pues olvidásteis leer cada dia, cada hora, en el porvenir: así, hubiérais sabido lo que debia suceder y se habria conjurado el mal. Pero no queremos haceros reproche alguno por un suceso en el cual habeis sido tambien victima.

—Sí, mi señora la reina... y no quiero quejarme porque habiendo padecido por serviros, me creo honrado.

—Y aún venimos á pedir os que nos sirvais, señor. Ved,—añadió,—lo que contienen esos sacos que al entrar hemos puesto sobre esa mesa.

Ruggieri se dirigió vacilante hácia la mesa que Margarita le indicó con el dedo: tomó uno de los sacos, desató la cuerda de cuero que lo cerraba y tomándolo por la otra estremidad, hizo rodar sobre la mesa la cabeza acabada de cortar que contenia.

—Ah!—esc amó, retrocediendo horrorizado.

—Es la cabeza del infortunado Lamole,—replicó Margarita, que se sentia desfallecer: la de Coconas está en el otro saco y queremos las embalsameis.

No pudo decir mas, sus fuerzas se habian agotado y se desmayó.

—Son demasiadas emociones en un dia,—dijo Ruggieri despues de haberla vuelto en sí,—y yo mismo no estoy ahora en estado de cumplir con lo que mandais; pero eso puede hacerse mañana tan bien como hoy.

—Pues bien,—dijo la duquesa de Nevers, que habia callado hasta este momento,—mañana á esta hora os esperamos en la torre de Nesle.

—Y me dejais esas cabezas?—preguntó el astrólogo horrorizado.

—Por qué no, maestro Cosme?—preguntó Margarita.

—Es que, mi señora la reina, tiene la desgracia de ser ahora sospechosa para mi señora la reina madre en cuyo pensamiento sé leer: puede ser que no se pase la noche sin que la justicia y gentes de armas hagan aquí sus pesquisas, y si encuentran aquí esas cabezas recién cortadas se me imputarán nuevos malos proyectos.



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
N. L.

—Es verdad,—dijo la duquesa,—y ademas, yo quiero gustar esa amarga voluptuosidad de pasar la noche delante de esos bellos ojos apagados, y ese cerebro que fuè tan inflamable y que ahora no piensa mas. Hasta mañana, pues, como hemos dicho, maestro Cosme, y llevémonos nuestros amados.

Margarita se hallaba completamente restablecida, así es, que ambas se retiraron llevándose sus amorosas reliquias.

La reina de Navarra entró al Louvre, y Madama de Nevers se retiró á la torre de Nesle para gozar de aquella amarga voluptuosidad de que habia hablado y que solo podia gustar una imaginacion depravada.

Al otro dia, á la hora convenida, Cosme llegó á la torre de Nesle: la duquesa estaba allí arrodillada ante un reclinatorio sobre el cual se veía la cabeza lívida de Coconas.

—Maestro, traeis todo lo que se necesita?

—Todo, señora duquesa, y podemos comenzar la obra incontinenti.

—Esperemos para ello á la reina de Navarra, que no debe tardar.

Madama de Nevers se equivocaba: la reina de Navarra no debia venir.

De una naturaleza mucho mas impresionable que su amiga, las emociones de la víspera le habian pulverizado y una fiebre violenta la tenia en el delirio.

Viéndola en tal estado las personas que la rodeaban, buscaban la causa del mal. Nadie ignoraba sus amores con Lamole y la muerte de éste podia parecer suficiente para producir tal efecto; pero bien pronto encontraron otra causa de la espantosa escaltacion de la reina, al abrir un saco de cuero que ella habia puesto sobre un mueble. Por medida de prudencia, hicieron llevar y enterrar aquella cabeza en el cementerio mas prócsimo; despues se prodigaron mil cuidados á la enferma, la cual estuvo por muchos dias en peligro de morir.

La duquesa de Nevers y Cosme Ruggieri, esperaron á la reina por largo tiempo; pero viendo que no llegaba, y habiéndose manifestado síntomas de putrefaccion en la cara de Coconas, el fisico declaró que era preciso proceder á la operacion del embalsamiento bajo pena de no poderlo obtener mas tarde.

Mientras que el astrólogo disponia sus instrumentos y sus preparaciones farmacéuticas, la duquesa oraba, y quedó orando todo el tiempo que duró la operacion. Así que esta concluyó, puso la preciosa reliquia en una cajita de ébano, y la guardó en un armario que estaba cerca de su cama.

¡Qué extraña amalgamacion de fé, de amor, y de depravacion!

Un escritor moderno al hacer mencion de este hecho añade: "Hay pocas mugeres de nuestros tiempos, capaces de tal heroismo de amor, y la cabeza de los "hombres á menudo está dedicada á otros cuidados." Creemos en efecto, por el honor de nuestra época, que existen hoy pocas mugeres de tal humor.

No cabe duda que la disolucion no ha desaparecido de este mundo; pero al ménos no se la pone bajo el patronato de las cosas mas santas.

El 30 de Mayo de ese mismo año (1574) Carlos IX hizo espedir cartas de regencia para su madre Catarina. Algunas horas despues, murió, dejando la Francia amenazada por la guerra civil mas horrorosa que la habia afligido. jamas

—Es verdad,—dijo la duquesa,—y ademas, yo quiero gustar esa amarga voluptuosidad de pasar la noche delante de esos bellos ojos apagados, y ese cerebro que fuè tan inflamable y que ahora no piensa mas. Hasta mañana, pues, como hemos dicho, maestro Cosme, y llevémonos nuestros amados.

Margarita se hallaba completamente restablecida, así es, que ambas se retiraron llevándose sus amorosas reliquias.

La reina de Navarra entró al Louvre, y Madama de Nevers se retiró á la torre de Nesle para gozar de aquella amarga voluptuosidad de que habia hablado y que solo podia gustar una imaginacion depravada.

Al otro dia, á la hora convenida, Cosme llegó á la torre de Nesle: la duquesa estaba allí arrodillada ante un reclinatorio sobre el cual se veía la cabeza lívida de Coconas.

—Maestro, traeis todo lo que se necesita?

—Todo, señora duquesa, y podemos comenzar la obra incontinenti.

—Esperemos para ello á la reina de Navarra, que no debe tardar.

Madama de Nevers se equivocaba: la reina de Navarra no debia venir.

De una naturaleza mucho mas impresionable que su amiga, las emociones de la víspera le habian pulverizado y una fiebre violenta la tenia en el delirio.

Viéndola en tal estado las personas que la rodeaban, buscaban la causa del mal. Nadie ignoraba sus amores con Lamole y la muerte de éste podia parecer suficiente para producir tal efecto; pero bien pronto encontraron otra causa de la espantosa escaltacion de la reina, al abrir un saco de cuero que ella habia puesto sobre un mueble. Por medida de prudencia, hicieron llevar y enterrar aquella cabeza en el cementerio mas prócsimo; despues se prodigaron mil cuidados á la enferma, la cual estuvo por muchos dias en peligro de morir.

La duquesa de Nevers y Cosme Ruggieri, esperaron á la reina por largo tiempo; pero viendo que no llegaba, y habiéndose manifestado síntomas de putrefaccion en la cara de Coconas, el fisico declaró que era preciso proceder á la operacion del embalsamiento bajo pena de no poderlo obtener mas tarde.

Mientras que el astrólogo disponia sus instrumentos y sus preparaciones farmacéuticas, la duquesa oraba, y quedó orando todo el tiempo que duró la operacion. Así que esta concluyó, puso la preciosa reliquia en una cajita de ébano, y la guardó en un armario que estaba cerca de su cama.

¡Qué extraña amalgamacion de fé, de amor, y de depravacion!

Un escritor moderno al hacer mencion de este hecho añade: "Hay pocas mugeres de nuestros tiempos, capaces de tal heroismo de amor, y la cabeza de los "hombres á menudo está dedicada á otros cuidados." Creemos en efecto, por el honor de nuestra época, que existen hoy pocas mugeres de tal humor.

No cabe duda que la disolucion no ha desaparecido de este mundo; pero al ménos no se la pone bajo el patronato de las cosas mas santas.

El 30 de Mayo de ese mismo año (1574) Carlos IX hizo espedir cartas de regencia para su madre Catarina. Algunas horas despues, murió, dejando la Francia amenazada por la guerra civil mas horrorosa que la habia afligido. jamas